John Maynard KEYNES 1883-1946



JMKeynes

John Maynard KEYNES. APRECIACION BIOGRAFICA"

Robert SKIDELSKY

I

1983 es un año de conmemoraciones. Ha pasado un siglo desde la muerte de Karl Marx y medio siglo desde la llegada de Hitler al poder. Mussolini nació hace cien años y lo mismo ocurre con John Maynard Keynes. Resulta apropiado -aunque desusado - yuxtaponer a Keynes con estos padres fundadores del comunismo y del fascismo. Keynes es la figura más señera del siglo XX en economía. Sus ideas han servido para mejorar enormemente las condiciones y perspectivas económicas de gran parte del mundo. Precisamente por eso su nombre se inscribe en grandes letras en la historia política moderna. En la era de la democracia, el bienestar económico ha llegado a ser la piedra de toque de los logros políticos. Al inventar una técnica mediante la cual los gobiernos democráticos iban a mantener a las sociedades industrializadas en lo que parecía una expansión permanente, Keynes socavó el atractivo de los sistemas que prometían esos mismos resultados mediante controles totalitarios. Y eso era, precisamente, lo que pretendía. En su libro más famoso, The General Theory of Employment, Interest, and Money, publicado en 1936, escribió: «Los sistemas autoritarios de nuestros días intentan resolver el problema del desempleo a costa de la eficiencia y de la libertad. Es cierto que el mundo no va a continuar durante mucho tiempo tolerando un paro que, aparte de fugaces intervalos de excitación, va ligado - de forma inevitable, a mi juicio – al individualismo capitalista actual. Pero puede ser factible, mediante un análisis adecuado del problema, curar la enfermedad manteniendo al mismo tiempo la eficiencia y la libertad» (1).

Quien escribió esto había nacido en una era muy diferente de «individualismo capitalista»,

cuando se acostumbraba a considerar que el progreso económico era más o menos «automático» y que las instituciones políticas del liberalismo eran insuperables. John Maynard Keynes nació el 5 de junio de 1883 en el seno de la una familia dedicada al quehacer académico, que habitaba en Cambridge, en el número 6 de Harvey Road y que tuvo tres hijos, de los que John era el mayor. Desde el punto de vista genealógico, la familia Keynes se remontaba a un caballero normando que llegó con Guillermo el Conquistador, pero fue el abuelo de Keynes quien sacó a la familia de la pobreza y de la oscuridad amasando, como horticultor, una pequeña fortuna en Salisbury. Su único hijo, John Neville -el padre de Keynes- obtuvo un puesto académico en Cambridge, en los años setenta del pasado siglo, como profesor del Pembroke College. Fue un especialista en Lógica y en Economía que escribió una obra ya clásica sobre metodología económica. En 1882 contrajo matrimonio con Florence Ada Brown, hija de un conocido clérigo del Norte, maestra y madre entregada a la causa de la educación femenina.

A despecho de sus antecedentes inconformistas, los padres de Keynes encarnaban, sin extremismo alguno, las virtudes victorianas. John Neville Keynes tenia muchas aficiones. entre ellas el teatro; Florence Keynes abrazó «causas santas», pero jamás a expensas de su familia. Ambos cónyuges colocaban la razón por encima del dogma. La atmósfera familiar se caracterizaba por el liberalismo y el culto a las ideas; el círculo del padre de Keynes incluía a algunos de los economistas y filósofos más preclaros del momento: Alfred Marshall, Henry Sidgwick, W. B. Johnston, o James Ward. John Neville quiso que Maynard hiciese una carrera académica y éste la aceptó sin discutir. En realidad, jamás se rebeló contra sus padres, si bien llegaría a rechazar algunos de sus valores

LAS RAICES DE HARVEY ROAD

John Maynard Keynes nació en la tranquila calle de Harvey Road de Cambridge, donde sus padres tenían una espaciosa casa victoriana. No sólo la casa sino la familia era también típicamente victoriana. La figura dominante de aquel hogar era Florence Ada Brown, madre de Keynes y descendiente de un largo árbol genealógico de teólogos puritanos. Uno de ellos, el reve-rendo Everard Ford, había sacrificado su pasión por la música para convertirse en un predicador temible sobre la maldad humana. Su padre, John Brown, era autor de una biblia muy vendida. Liberal convencido, leía los discursos del ministro de Hacienda Gladstone con la familia sentada en su entorno. Florence Ada Brown fue enviada al Newnham College, el primer centro de estudios superiores para mujeres establecido en Inglaterra. Su extraordinaria vitalidad es destacada por todos los que se han acercado a conocer su personalidad, por los datos que de su vida quedan su influencia sobre John Maynard Keynes es difícil de exagerar. John Neville Keynes, con quien Florence Ada Brown se había casado el 15 de agosto de 1882, era profesor de Lógica, pero Bertrand Russell le recuerda como «un fervoroso no conformista que anteponía la moralidad a la lógica». En la familia se exigía afirmaba Florence Ada Browna todos sus componentes «un alto nivel de esfuerzo moral e intelectual».

En esto los Keynes no eran distintos de otras familias victorianas, que constituían una «aristocracia intelectual» que modeló la personalidad del Cambridge de finales de siglo y, en gran parte, de la propia Inglaterra. Lord Annan ha estudiado, en un documentado ensayo, el origen y la creciente influencia de un grupo de ricas familias evangelistas a finales del siglo XVIII, a las que se añadió otro núcleo de familias cuáqueras y unitarias que iban a formar esta aristocracia intelectual británica. Esas familias trabajaban en empresas filantrópicas y causas liberales, participarían en el movimiento antiesclavista y exhibirian en su conducta todos los rasgos puritanos bien conocidos. Las uniones de estas familias entre sí darían lugar a la formación de un clan con amplitud e influencia cada vez mayores. Para todas ellas la vida era una batalla constante contra el pecado, disfrazado como placer. El perfeccionamiento personal era su meta y la del mundo y no había para realizar esta vocación tiempo que perder. Es sobre esos principios sobre los que se basó la era victoriana en Inglaterra.

El 5 de junio de 1883, nacía el primero de los hijos del matrimonio Keynes. Su padre John Neville escribe al abuelo materno consultán-

John Neville Keynes



Florence Ada Brown



dole el nombre, proponiéndole el de John Maynard. El abuelo John Brown contesta: «El nombre propuesto suena al de un sólido héroe de novela. Me gusta». La novela que iba a interpretar John Maynard Keynes iba a tener un título, La rebelión contra los victorianos, porque, en efecto, la ética y la economía de Keynes no se alineaban en las propias de la generación anterior. Iban a ser muy distintas.

A John Maynard le siguieron dos hermanos, Margaret y Geoffrey. Los tres aparecen en la fotografía que se reproduce, obtenida por su tía Kenneth Brown durante unas vacaciones en Langston en agosto de 1885. John Maynard Keynes (en el centro) tenía entonces 12 despiertos años.



y a tener una gama de aficiones más amplia. Su hogar en Cambridge, en el que Neville y Florence Keynes continuaron viviendo hasta después de la muerte del esposo, confirió a su existencia una estabilidad y una continuidad esenciales. Su pensamiento social siempre tuvo muy en cuenta las circunstancias familiares. Se consideró miembro de la clase media «pensadora» y en 1925 afirmaba que «la lucha de clases me encontrará en el bando de la burguesía cultivada». La influencia de su abuelo y su padre le llevó a afirmar, en 1925, que escapar de la pobreza era siempre posible en la Europa de la anteguerra «para cualquier persona cuya capacidad o carácter estuviera claramente por encima de la media» (2). En su opinión, la debilidad fundamental del capitalismo no era la desigualdad de oportunidades y retribuciones sino la insuficiencia de puestos de trabajo.

En 1897, Keynes ganó una beca para Eton, el no va más de los colegios británicos. Fue un alumno sobresaliente, en el sentido amplio del término, que ganó un número increíble de premios y que fue admitido en el «Pop», el club social más excluyente de todo Eton, llegando incluso a distinguirse en el incomprensible *Wall Game* del colegio. Lo que ya resulta aquí perceptible es el extraordinario abanico de aficio-

nes -las matemáticas fueron la disciplina en que más sobresalió, pero se distinguió también en clásicos y en historia-, su capacidad para conquistar el respeto de los futuros universitarios y estadistas, su habilidad para realizar trabajos con rapidez fulgurante y también cierto desajuste entre sus capacidades y sus simpatías. De un lado está el arrogante Keynes de la lógica, la estadística y la vida administrativa, un Keynes ansioso de estima e influencia. Del otro, surgirá el «Maynard» bien conocido de sus íntimos, necesitado de afecto, interesado por los escritores, artistas y soñadores, que se sumerge en la poesía latina medieval. En todo momento ostentó ese doble carácter de esteta y de administrador. Por eso terminó pensando que el fin práctico de la economía era servir de escudo protector de la civilización frente a las fuerzas de la locura y la ignorancia.

En 1902 ingresó en el King's College de Cambridge para estudiar clásicos y matemáticas dentro del *Tripos* de Matemáticas. Las matemáticas —la disciplina en la que tanto se había distinguido— jamás le habían seducido demasiado y las abandonó con un suspiro de alivio tras conseguir un respetable sobresaliente en la primera parte del *Mathematical Tripos* en 1905. Había pasado la mayor parte de su época de

estudiante haciendo otras cosas; estudiando filosofía, escribiendo un artículo dedicado a Pierre Abelard, hablando en la Cambridge Union (de la que sería Presidente en su último año de estudios), jugando al bridge y cultivando su pasión por las amistades. En 1906 quedó en segundo lugar (tras Otto Niemeyer) en los exámenes de acceso a la función pública, siendo destinado al Departamento de la India. En dos años de rutina burocrática llegó a adquirir un sólido conocimiento del sistema financiero de la India, pero la mayor parte de sus horas de trabajo las pasaría escribiendo una tesis sobre probabilidad que, tras un fracaso inicial, le abriría en 1909 las puertas de la enseñanza en el King's College. La Universidad de Cambridge continuaría siendo, durante el resto de su vida, su mundo académico e intelectual y su hogar.

Mientras sentaba así los cimientos de su carrera, estaba teniendo lugar un cambio de valores que le arrastraría mucho más allá de los confines del victorianismo liberal de sus padres. La moral victoriana se había visto sostenida por unas creencias religiosas que se estaban desplomando. Keynes y sus amigos eran ateos militantes; sin embargo, y como en el caso de tantos intelectuales inconformistas, el abandono de creencias que consideraban falsas no había eliminado la necesidad de otros credos que pudiesen considerar verdaderos. Buscaron, pues, su quía en la filosofía moral para saber cómo debían vivir y, concretamente, para justificar su rechazo de los códigos éticos y sociales de la generación de sus progenitores. El filósofo G. E. Moore resolvió su problema. Sus Principia Ethica, publicados en 1903, constituyeron el manifiesto del modernismo para la generación de Keynes; más tarde, él mismo proclamaría que habían abierto «un nuevo cielo en la tierra». Keynes se había dejado seducir por la influencia de Moore cuando, en su segundo curso de estudios, fue elegido miembro de los «Apóstoles de Cambridge», sociedad de debates filosóficos muy selecta y (en aquella época) secreta. A través de los «Apóstoles» Keynes hizo algunas de las más intimas amistades de toda su vida, en especial la de Lytton Strachey; más tarde formaría parte del Grupo de Bloomsbury, comuna londinense de «Apóstoles» y de amigos y amigas de los mismos.

Lo que Moore decía, en esencia, era que resultaba éticamente bastante más valioso «ser bueno» que «hacer el bien»; que «con mucha diferencia, las cosas más valiosas que conocemos o podemos imaginar son ciertos estados de consciencia que pueden describirse aproximadamente como los placeres de la comunicación y el goce de los objetos bellos»; y que el deber moral consistía en alcanzar esos estados para uno mismo y para el resto del mundo. Keynes hizo de tales recomendaciones su religión. En realidad lo que hizo Moore fue facilitar los argumentos racionales que permitían que unos jóvenes con aficiones filosóficas y que habían perdido sus creencias cristianas reorganizasen sus vidas con arreglo a un nuevo modelo. Tal y como afirmaba Kevnes en 1938, Moore reorientó los impulsos éticos alejándolos de «la actitud ante el mundo exterior y lo intermedio» hacia «la actitud ante sí mismo y lo definitivo» (3). Se trataba de un cambio únicamente posible para guienes sintiesen escaso interés por la política, incapaz ésta de perturbar «las buenas situaciones anímicas», algo que resulta ciertamente aplicable al Keynes de antes de 1914.

«Las metas primordiales de la vida» - escribió Keynes en 1938 - son el amor, la creación y el goce de experiencias estéticas, y la búsqueda del conocimiento. De ellas, el amor es con mucho la más importante (4). Para Keynes, y para la mayor parte de sus amigos de Cambridge y de Bloomsbury, el amor era de índole homosexual, aunque con predominio de los factores espirituales. Esos intelectuales no pensaban que la mujer fuese el objeto «adecuado» para ser contemplado con pasión. Resulta dificil determinar en qué medida su actitud obedecía a un condicionamiento cultural más bien que a una predisposición innata o psicológica. Hasta finalizada la guerra europea Keynes no se sintió emocionalmente atraído sino por los jóvenes. El gran amor de este período de su vida fue el pintor Duncan Grant, al que estuvo unido desde 1908 a 1911.

Para Keynes, y para el grupo de Bloomsbury, la belleza abarcaba, fundamentalmente, la pintura postimpresionista, los ballets rusos y los nuevos estilos de arte decorativo influidos por ambos. Para quienes tuviesen dinero, buen gusto y criados (y no hacía falta ser muy rico para tener servidumbre), Londres en los años anteriores a la guerra europea resultaba un lugar increíblemente excitante; nada menos que la aurora de una nueva civilización. Resultaba in-



G. E. MOORE Y LAS CREENCIAS DE KEYNES

El profesor y filósofo de Cambridge G. E. Moore ha sido considerado como la fuerza moral que está detrás de la vida intelectual de la primera década de este siglo en Inglaterra. La obra de Moore *Principia Ethica* se ha considerado como una de las principales fuentes de inspiración del cambio revolucionario en costumbres y formas sociales en Inglaterra poco antes de la Primera Guerra Mundial.

Keynes afirmaría que fue Moore el que nos dio las creencias de las que partimos, el que «nos ofreció una verdadera teoría de la ética». De que Keynes y su generación admirasen en Moore su sinceridad y su racionalidad no cabe duda, pero sí de que interpretasen bien su pensamiento. Este punto ha abierto una amplia polémica con múltiples posiciones —la de quienes sostienen que Keynes no interpretó bien el pensamiento de Moore (B. Russell, Paul Levy) y la de quienes creen que la obra y no tanto el escrito de Keynes (Mis primeras creencias) responden a la ética de Moore (R. Harrod, R. B. Braithwaite y R. F. Leavis).

concebible que algunos absurdos personajes de Europa Central pudiesen acabar con todo ello en su ansia de arcaicas ambiciones de poder. También hay que decir que esas minorías vivían completamente aisladas de las masas, aunque pensaban que el progreso económico mejoraba también su suerte.

La filosofía y la economía -y más aquélla que ésta- constituían las fuentes del conocimiento. Keynes había vuelto a Cambridge como profesor de economía en 1908, pero antes de la primera guerra mundial su principal interés intelectual se centró en la teoría de la probabilidad, interés que había comenzado a despertarse en sus días de estudiante universitario. La mayor parte de sus energías intelectuales, entre 1906 y 1914, se vieron absorbidas por la elaboración de su Treatise on Probability, posteriormente editado en 1921. Su gran ambición era ensanchar el campo de la argumentación lógica para incluir los casos cuyas conclusiones resultaban necesariamente inciertas, quedando así la lógica deductiva tradicional como caso especial de una teoría general. Esta labor influyó mucho en sus ideas económicas. En Cambridge, Keynes impartió enseñanzas sobre el dinero. Era un ortodoxo seguidor de la teoría cuantitativa de Marshall y no hizo nada por ensanchar las fronteras del tema, aunque su primer libro (y su única obra de antes de la guerra), Indian Currency and Finance (1913) constituyó un intento lúcido de aplicar la teoría monetaria existente a la reforma del sistema monetario de la India. Lo que realmente le interesaba más, por aquel entonces, era la causalidad del comportamiento económico, particularmente el alcance de la influencia estadística. En conjunto -y esto encaja con su rechazo de la teoría probabilística— terminó por pensar que la estadística no tenía mucha utilidad salvo con fines descriptivos. Esa opinión apenas varió con el transcurso del tiempo. En 1939 escribiría una revisión punzante del estudio pionero de Tinbergen sobre métodos económicos (5). La idea de que la conducta económica, como cualquier otro tipo de comportamiento, tiene lugar en condiciones de incertidumbre, estuvo implicita en su mente desde sus primeros trabajos como economista, aunque no la aplicase al problema concreto de los desajustes económicos hasta mucho más tarde.

П

 ${f K}$ eynes tenía treinta y un años cuando estalló la Primera Guerra Mundial. La guerra iba a alterar su estilo de vida, su carrera y sus ambiciones, aunque no sus valores fundamentales. Tras desempeñar un papel importante en evitar que se suspendieran los pagos en oro durante la crisis bancaria de agosto de 1914, trabajó en el Ministerio de Hacienda desde enero de 1915 hasta su renuncia de junio de 1919. En enero de 1917 había sido puesto al frente de una nueva división «A», encargada de la gestión de las finanzas exteriores de Inglaterra. Desde ese puesto controló, en nombre del Ministerio, todas las compras aliadas en los mercados extranjeros, financiadas en gran medida con créditos británicos. Demostró ser un gran funcionario, que se adaptaba con naturalidad a los usos de Whitehall, un funcionario que aplicaba, con suma facilidad, principios básicos a situaciones concretas, un funcionario capaz de redactar, con extremada rapidez, informes breves y claros que resultaban muy útiles para unos ministros sobrecargados de trabajo. Whitehall, por su parte, satisfizo su sed de conocimientos del mundo real. Keynes trabajó a gusto y disfrutó de la compañía de los grandes personajes gracias a su cargo en el Ministerio y a sus cualidades personales: era soltero, brillante, simpático, buen jugador de bridge y conocedor de innumerables historias divertidas.

Todo esto representa con exactitud una faceta de Keynes: la mostrada por Sir Roy Harrod en su biografía. Con todo, ese aspecto exterior no era sino una máscara que ocultaba un profundo conflicto interior. Keynes y su círculo se habían sentido anonadados por el estallido de la guerra, que venía a echar por tierra todas sus esperanzas de que surgiera una «nueva civilización»; y más aún, a medida que el conflicto progresaba, el rescoldo de esperanza se fue apagando. Keynes participa en el esfuerzo bélico en medio de críticas crecientes de sus amigos pacifistas de Bloomsbury y de una crisis de conciencia cada vez mayor. Justificó su postura de diversas formas. Desde el verano de 1915 hasta enero de 1916 facilitó a Reginald McKenna, Ministro de Hacienda, toda una serie de argumentos económicos contra el llamamiento a filas. En un razonado informe. Kevnes sostenía que Gran Bretaña debía concentrar sus esfuerzos en subvencionar a sus aliados a base de acumular divisas, en lugar de dilapidar hombres y municiones en el frente occidental. Parecía un argumento racional, basado en la división del trabajo, pero en el fondo emanaba de su odio creciente hacia la guerra y de su deseo de alejarla de los amigos queridos. Con todo ello se ganó la enemistad de Lloyd George que veía en Keynes al intelectual que animaba la campaña en contra del programa de rearme. Cuando en enero de 1916 se produjo el llamamiento a filas, Keynes intentó que McKenna, Runciman y otros liberales de renombre abandonasen el gobierno y propuso formar con ellos un grupo de oposición. No lo consiguió y también él siguió prestando sus servicios al gobierno, pero no sin antes solicitar ser eximido del servicio militar como objetor de conciencia y al amparo de la Ley de Servicio Militar, un detalle omitido por Roy Harrod. (En realidad quedaba automáticamente exento por ser funcionario del Ministerio de Hacienda.) Durante el semestre siguiente utilizó su puesto oficial para ayudar a Duncan Grant y a otros a librarse del servicio militar, dando testimonio, según él mismo expresaba, «de la sinceridad, virtud y veracidad de mis amigos». Keynes y su círculo no eran pacifistas en el sentido de oponerse por principio a la lucha. Eran, en sí, unos liberales que sostenían que el Estado no está autorizado para hacer que la gente combata y también habían llegado a creer -en 1916 o antes— que la guerra no merecía la pena, que todos los esfuerzos debían centrarse en asegurar un compromiso de paz. La situación de Keynes resultaba claramente incómoda. En diciembre de 1916 Lloyd George accedió al puesto de Primer Ministro, en medio de una crisis financiera que amenazaba con privar a Gran Bretaña de los medios de continuar pagando el material extranjero que adquiría en los Estados Unidos. Kevnes se expresaba de esta forma en una carta a Duncan Grant: «Maldito sea (Lloyd George)... Rezo porque se produzca un total descalabro financiero y al mismo tiempo procuro impedirlo... de forma que cuanto hago va en contra de lo que siento» (6).

A finales de 1917, según escribió a su madre, estaba persuadido de que la continuación de la guerra iba a significar «la desaparición del orden social que hemos conocido hasta ahora... Lo que me aterra es la perspectiva de *empobrecimiento general*. Dentro de un año habremos perdido muchas inversiones en el Nuevo Mundo

LAS CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE LA PAZ

El año 1920 marca un hito importante en la vida de Keynes. El Keynes que inicia el año no es el mismo que había terminado 1919. La diferencia está en un libro, Las consecuencias económicas de la paz (que se había publicado el 12 de diciembre de 1919), mundialmente famoso y que dio a sus opiniones y a sus consejos una resonancia jamás alcanzada por ningún otro economista. Un crítico que no simpatizó con el guehacer de Keynes, J. Schumpeter, afirmaria que por esa sola obra habría pasado a la historia.

Son muchos los que estiman que Las consecuencias económicas de la paz es la mejor obra de Keynes. No sólo por la forma en que se escribió, que ha llevado a incluir muchos de sus pasajes en las antologías de la lengua inglesa, sino por la maestría con la que se unen los argumentos técnicos y políticos

con los personajes que interpretaron la historia del tratado de Versalles. Cualquier comentario de Las consecuencias económicas de la paz que inevitablemente debe dividir su contenido - no hace justicia a la unidad cerrada de su exposición, a la formidable fuerza dialectica de su argumento unitario. No obstante, es cierto - como indicó Dennis Robertson- que en Las consecuencias económicas de la paz hay tres libros en uno: un folleto político, que ataca con fuerza incontenible la moralidad de los tratados de paz de Versalles a la luz de las ideas vigentes en el momento del armisticio; una discusión técnica rigurosa de las cláusulas económicas de los tratados de paz y una discusión y crítica de las relaciones económicas internacionales y relaciones de clases antes de 1914. La unión entre esos tres libros es perfecta y el aderezo del análisis, concediendo especial importancia al carácter de

los políticos que firmaron los tratados ofrece una nueva perspectiva de los problemas.

¿Cuál es el mensaje central que Keynes intenta ofrecer en Las consecuencias económicas de la paz? Esta pregunta puede contestarse de dos formas diferentes: analizando su contenido inmediato — el juicio de los tratados de paz— o leyéndola desde nuestros días y analizando qué cambios profundos registro Keynes en la vida económica en 1920 que reclamaban en adelante una alteración radical en las políticas para su tratamiento.

En el primer sentido, en Las consecuencias económicas de la paz Keynes denunció la imposibilidad de lo que él llamaba paz cartaginesa de Versalles. La paz así concebida no es ni justa ni posible. No se puede restaurar Europa en esas condiciones, que asegurarán por sí mismas el despertar de fuerzas económicas y humanas contrarias que rebasarán a todos los poderes e instituciones. Restaurar el orden económico de la anteguerra, al que aspiraban los tratados, es sencillamente imposible porque ese orden económico ha sido liquidado. Sus bases se han debilitado de tal forma que la rehabilitación -su reconstrucción- europea no podrá tener lugar, al suponer lo que ya no existe. El orden económico que se había desmoronado descansaba en cuatro supuestos con arreglo a los cuales se había realizado el progreso en la anteguerra: la interdependencia económica entre países, que había permitido el desarrollo demográfico y el crecimiento de las exportaciones para pagar las importaciones de alimentos y materias primas; el papel mínimo que los aranceles y los sistemas monetarios habían desempeñado en los intercambios entre países en el pasado; la predisposición psicológica de las sociedades europeas para favorecer la acumulación del capital, que aceptaba una distribución muy desigual de la renta y la riqueza y la favorable relación de intercambio de los productos industriales respecto de los alimentos y materias primas. Es la erosión de esos cuatro pilares del

Clemenceau, Wilson y Ll. George. 1919.



progreso de Europa la que tiene que repararse y sin esa reparación la reconstrucción no es posible.

En segundo lugar, estaban los pagos por reparaciones impuestos a Alemania y sus aliados por los países vencedores. Esas reparaciones eran para Keynes injustas e impagables porque los tratados de paz no abrían vías de generación de renta para que esos pagos se hicieran. Esta realidad se reconocerá con el tiempo, predecía Keynes, pero después de que Alemania sufriera daños sociales y económicos de consecuencias imprevisibles.

Las consecuencias econômicas de la paz podría atraer la atención hacia cualquiera de estos mensajes. El escándalo que la obra causó entre los vencedores, y especialmente la indignación de los franceses, atrajo la atención sobre las reparaciones, que constituyen el tema que da su argumento a muchas y ácidas polémicas en los años veinte. Pero el mensaje principal de la obra

estaba, como acentúa Skidelsky, en la profunda denuncia de la imposibilidad de que la hipôtesis de los mecanismos automáticos que garantizaron el progreso económico de la anteguerra, sostenidos por las instituciones acuñadas por el liberalismo, siguieran funcionando a partir de la década de 1920. Keynes no dijo en Las consecuencias económicas de la paz que la supervivencia del orden social dependia de la necesidad de inventar métodos nuevos para crear una nueva prosperidad. Pero su visión de la decadencia económica del viejo orden de la anteguerra y su sustitución por nuevos métodos estaba planteada. Será Keynes, a partir de 1920, cuando ese orden económico vava registrando la decadencia anunciada por él, quien con su obra ofrezca las posibles respuestas.

Las consecuencias económicas de la paz se tradujo, por Juan Uña, al castellano coincidiendo con su versión a diez idiomas más. La versión española, cuya portada se reproLAS CONSECUENCIAS
ECONÓMICAS DE LA PAZ
POR
JHON MAYNARD KEYNES, C. B.
TROPESSO DE LA GRATIERO DE CAMBILION
TRADUCCIÓN DERECTA DEL INGLÉS
POR
JUAN UÑA

CALPE
MARRES BROCCOMª
1970

duce, no volvió a ser reeditada pese a agotarse rápidamente. Hoy se ha convertido en un ejemplar para bibliófilos, imposible de encontrar en el mercado.

y, a cambio, este país se verá hipotecado por América» (7). Tal es la idea que predomina en Las consecuencias económicas de la paz, su gran polémica contra el Tratado de Versalles, publicada en diciembre de 1919. Por entonces, Rusia había caído en manos del bolchevismo, la revolución se había desatado en Alemania y en Hungría, existía una inflación desatada y gran parte de Europa moría de hambre. Sin embargo, lo único que preocupaba a los que negociaban la paz era el tema de «fronteras y soberanías». Como principal representante del Ministerio de Hacienda en la Conferencia de la Paz de París, Keynes se había esforzado denonadamente por conseguir que Lloyd George aceptara exigir de Alemania sólo unas indemnizaciones moderadas. Al no lograrlo, y harto de todo ello, dimitió de su cargo el 7 de junio de 1919, volviendo a Inglaterra para escribir su libro. Las consecuencias económicas de la paz se convirtió en un éxito internacional y ejerció una profunda influencia sobre el modo de pensar. Sería demasiado sencillo decir que creó el clima de apaciguamiento de Alemania; ya se había ini-

ciado el rechazo de la propaganda bélica. Lo que hizo fue desviar la atención desde los grandes temas políticos a los problemas económicos. Keynes hizo que el ciudadano deseoso de información se interesase por los temas económicos, situación que ha continuado hasta nuestros días. Los políticos comenzaron a hablar de la balanza de pagos y del patrón oro con la misma fluidez con que antes hablaban del equilibrio de poderes y de la marina de guerra. Se afianzó también la idea de que era necesario reconstruir al capitalismo. Keynes no terminó la guerra convertido en socialista y mucho menos en bolchevique. El socialismo - según comenzó a decirvendría más tarde, una vez resueltos los problemas económicos; postura que enlaza curiosamente con el marxismo clásico. Su programa económico (el del socialismo) no hacía sino desempolvar las viejas reglas. Los intentos por aplicarlo sólo contribuirían a reducir la riqueza. y todavía más la capacidad de producirla. Permaneció fiel al credo liberal hasta su muerte. La labor que se fijó a sí mismo fue, ni más ni menos, que la de reconstruir el orden social capitalista sobre la base de una mejor administración.

La guerra también hizo que su trayectoria personal cambiara de rumbo, que perdiera el sabor estudiantil que había mantenido hasta 1914. Keynes era ya un hombre importante, una autoridad mundial en finanzas internacionales, cuyos escritos hacían que temblasen las monedas y cuyos consejos eran ávidamente buscados por financieros, administradores y políticos de todos los países. Pensó en casarse después de conocer a la bailarina Lydia Lopokova en octubre de 1918, tras bailar ésta el papel de Aurora en La bella durmiente con el Ballet de Diaghilev, que había vuelto a Londres. El 22 de diciembre de 1921 escribió a su amiga Vanessa Bell: «Loppy vino a almorzar el domingo pasado y de nuevo me sentí muy enamorado de ella. Paréceme perfecta en todo. Habla, además, mucho mejor inglés, lo que le añade un nuevo encanto. Voy al ballet mañana y le pediré que cene conmigo después en el Savoy» (8). Se casaron el 4 de agosto de 1925. Posiblemente, sólo una mujer del exotismo de Lydia, totalmente extraña al medio social de Keynes, podía haber logrado conquistar a un hombre cuyos afectos se orientaban básicamente hacia su propio sexo. Lydia resultó además una esposa perfecta y, por otra parte, Keynes había también madurado y buscaba una vida más estable. De todos modos, no hay duda de que su matrimonio le permitió alcanzar la estabilidad emocional de que había carecido durante mucho tiempo, y que le permitió mantener una intensa actividad intelectual.

III

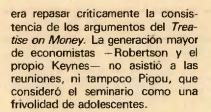
Joseph Schumpeter ha hablado de la «visión» del progreso económico que orientó la labor teórica de Keynes (9). Sin embargo, el verdadero acicate de sus esfuerzos teóricos fue su miedo al futuro. La sensación de libertad sexual y cultural de antes de la guerra, hecha posible por el progreso «automático» y por las instituciones liberales, fue sustituida por una extraordinaria sensación de precariedad, que se vio reforzada por las catástrofes del período de entreguerras: la depresión, el orto del facismo, etc. La creencia en la estabilidad intrínseca y el vigor natural del capitalismo, en su capacidad «espontánea» de recuperación y progreso, va a

verse sustituida por la idea de que el laissezfaire decimonónico había constituido una experiencia irrepetible cuyo éxito se había debido a la influencia de una serie de factores ya desaparecidos. Las previsiones de Keynes pueden interpretarse también como reacción tardía al temor decimonónico de una vida desprovista de un sentido religioso. En 1925, tras una visita a Rusia, escribió: «El capitalismo moderno es totalmente irreligioso, carece de cohesión interna y de civismo y con frecuencia, aunque no siempre, viene a ser un simple cúmulo de gentes que poseen y de gentes que persiguen. Para sobrevivir, un sistema de ese tipo ha de ser capaz de lograr grandes éxitos porque los éxitos moderados no son suficientes. En el siglo XIX el capitalismo fue idealista en cierto modo; en cualquier caso, era un sistema que se mantenía unido y que tenía confianza en sí mismo. No sólo conoció éxitos inmensos, sino que ofrecía todavía mejores perspectivas de futuro. Sin embargo, en la actualidad sólo funciona aceptablemente bien. Ahora bien, si el capitalismo irreligioso ha de derrotar en última instancia al comunismo religioso, no le basta con ser más eficaz desde el punto de vista económico; debe ser infinitamente más eficaz» (10). Multiplicar esa eficiencia fue la tarea que se asignó a sí mismo.

Contó para ello con numerosas personas que le avudaron v sin las cuales dificilmente hubiese podido coronar con éxito su empresa. Las más prominentes durante los años veinte fueron Dennis Robertson, Hubert Henderson y Ralph Hawtrey —todos de Cambridge— habiendo sido los dos primeros alumnos del propio Keynes antes de la guerra. (En 1923 Keynes pasó a ser accionista mayoritario del muy intelectual semanario The Nation, lo que, gracias a la labor editorial de Henderson, le brindó una plataforma para exponer sus ideas y la evolución de las mismas.) En 1930-31 sus ideas fueron asumidas y criticadas por un grupo de jóvenes profesores de Cambridge conocido como el «Circo». Lo formaban Richard Kahn, Joan Robinson, Austin Robinson, James Meade y Piero Sraffa. Poco después, Roy Harrod, procedente de Oxford, se vio también envuelto en los debates. Richard Kahn, catedrático del King's College al igual que Keynes, hizo el papel de «ángel mensajero»; en palabras de Austin Robinson, «se ocupaba de llevar mensajes a la deidad y de hacernos saber los suyos». La Teoría General, que surgió

La publicación de la obra de Keynes Treatise on Money despertó una oleada estimulante de críticas. Una muy peculiar tuvo lugar en el propio Cambridge, en el que un grupo de jóvenes economistas constituyó lo que se llamó «el Circo». En realidad el «Circo» fue un semi-

nario de Economía que tuvo lugar entre enero y mayo de 1931, diri-gido por Richard Kahn y en el que participaron entre otros Piero Sraffa, los Robinson (Austin y Joan), James Meade (que hacía una estancia en Cambridge, aunque trabajaba en Oxford). El propósito del seminario



Donald Moggridge al editar las obras completas de Keynes, mantuvo una larga conversación con los componentes principales del «Circo» para tratar de precisar su contribución al pensamiento keynesiano. La principal conclusión de Moggridge es que las observaciones del «Circo» a Keynes tuvieron gran importancia para llamar su atención sobre la afirmación de que los procesos de ajuste entre ahorro e inversión del Treatise on Money suponían siempre una producción total fija y lo que variaba -- y ajustaba la economía- eran los precios. Joan Robinson, en un trabajo realizado en el verano de ese año 1931, mostró claramente esta forma de razonar de Keynes (suponer tácitamente que la producción permanece fija mientras son los precios los que ajustan los movimientos de la economía). Ese trabajo se publicaria después bajo el título: «A parable on Saving and Investment» (Económica, 1932). La colaboración de Keynes con el grupo fue completa, ya que devolvía sus observaciones corregidas y sobre éstas discutía de nuevo «el Circo». El paso definitivo hacia la General Theory lo daría el propio Keynes, pero su mensaje central incorporaría como aportación decisiva la de orientar los ajustes de la economía sobre la producción y no sobre los precios como hacía en el Treatise on Money. Las críticas del «Circo» habían apuntado en la dirección correcta que había que fundamentar con un modelo económico completo, que Keynes tardaría aún algún tiempo en construir.

(La fotografía presenta a una Joan Robinson joven, contemporánea a sus intervenciones en el «Circo» en el curso de 1931. Joan Robinson murió en agosto de 1983 en el año del centenario del nacimiento de Keynes.)



en 1936 de este proyecto de idas y venidas, fue, por tanto, un esfuerzo de colaboración conjunta desarrollado en Cambridge. Como indica Austin Robinson, Keynes «jamás creyó en la propiedad privada de los argumentos, y nunca estuvo seguro de qué argumentos eran suyos y cuáles de los demás». Pero, con todo, el libro es en gran medida una obra personal de Keynes, aunque algunos de sus rasgos no sean característicos de él. «El "Circo" trabajó fundamentalmente a partir de las dudas e intuiciones de Keynes; dio vida a algunos de los instrumentos formales de análisis y tal vez, de algún modo, le llevó más allá de donde Keynes deseaba llegar» (11).

Inmediatamente después de finalizar la guerra, los temores de Keynes sobre el futuro del capitalismo se centraron en dos aspectos: la inestabilidad del signo monetario y el desempleo. En Las consecuencias económicas de la paz había citado a Lenin para señalar que: «No existe un medio más sutil ni más seguro de trastocar las bases de una sociedad que alterar el valor de su moneda» (12). En 1923 continuaba afirmando que, a menos que se estabilizasen los precios, el capitalismo no podría defenderse «de los ataques y críticas de socialistas y comunistas» (13). El otro problema era el desempleo masivo que, a partir de 1920, en ningún momento había descendido por debajo del 10 por 100 de la población activa de Gran Bretaña. Los primeros análisis de este fenómeno fueron efectuados por Keynes dentro de la perspectiva malthusiana que había heredado de la guerra: el capital productivo había mermado más que la población, lo que, al nivel de salarios existente, provocaba una redundancia de la fuerza de trabajo. También se sintió impresionado por la llegada anual de 250.000 nuevos trabajadores al mercado de trabajo en unos momentos en que la guerra había debilitado la propensión a ahorrar. A corto plazo, tendría que reducirse el nivel de vida; más tarde se lograría un nuevo equilibrio debido «a la influencia de la emigración, del índice de natalidad y de las enfermedades» (14). Pero probablemente las consecuencias sociales serían traumáticas.

En 1923 Keynes ya había llegado a la conclusión de que la inestabilidad de precios era la causa del desempleo y tenía preparada su propia receta contra la enfermedad. Ahora pensaba que el paro tenía cuatro causas: 1) la inestabili-

dad europea; 2) el excesivo crecimiento de la población; 3) el elevado coste de las manufacturas británicas, y 4) la deflación monetaria que pretendía reducir los precios (15). De inmediato, no era mucho lo que podría hacerse en lo tocante a las tres primeras causas, pero se disponía de un remedio científico para la cuarta. La reducción de precios actuaba negativamente sobre las empresas porque los costes, en especial los de mano de obra, eran más rígidos que los precios que recibían los empresarios por la venta de sus productos. El temor a incurrir en pérdidas les induciría a reducir su producción. Por consiguiente, el remedio técnico consistiría en estabilizar al nivel de ocupación a base de estabilizar los precios, y ello podría llevarse a cabo con una política monetaria anticíclica. La «cura» no exigía ningún cambio legislativo o institucional: «lo que hay que hacer es regular la oferta de dinero para que su volumen, en términos de bienes, sea bastante estable, es decir, para que el índice de precios nunca se aleje demasiado de un nivel fijo». Si el mundo financiero desoía tal recomendación quedaría arrollado por «cosas irresistibles que odian bastante más que los suaves y limitados remedios que ahora se les ofrecen» (16).

Este mensaje se vistió con el adecuado ropaje técnico en el primero, y más breve, de los tres libros que jalonan la ruta de la revolución keynesiana: el Tract on Monetary Reform, publicado a fines de 1923. En este libro figuraba una frase que se ha hecho célebre: «A la larga, todos muertos.» No se trataba de un mero juego retórico. Keynes había heredado de Marshall el hábito y la técnica del análisis a corto plazo, frente a los modelos atemporales de equilibrio de Walras y de los austríacos. «Los economistas» - escribía en su Tract— «se asignan una tarea demasiado fácil e inútil si en épocas tormentosas sólo son capaces de decirnos que cuando pase el temporal el mar volverá a estar en calma» (17). El libro no contenía teorías nuevas: era un intento de utilizar la política monetaria, de acuerdo con la teoría cuantitativa del dinero, para superar obstáculos institucionaes — por ejemplo, la organización sindical - con miras a lograr un rápido ajuste de costes salariales a precios. Lo único nuevo era el optimismo mostrado respecto a la política monetaria.

Al optar por un enfoque monetario, y no por uno institucional, del problema del desempleo,

Keynes reveló algunos de los motivos que subvacen en la evolución de la macroeconomía. El era, por naturaleza, un macroeconomista instintivo. Tenía las ideas y la experiencia de Whitehall y buscaba instintivamente soluciones globales que pudiesen acomodarse a la maguinaria administrativa existente. Por otro lado, creía que la mucha mayor capacidad técnica de los gobiernos, que el desarrollo de la ciencia económica había hecho posible, constituía la última barrera frente a la anarquía social. Se trata de una extraña inversión de las ideas decimonónicas. En el siglo XIX los economistas habían creído que la economía debía servir para desarrollar instituciones económicamente eficientes. Al llegar los años veinte del presente siglo, se pensaba que el cambio institucional resultaba demasiado perturbador desde el punto de vista social. La misión de la ciencia económica consistía ahora en facilitar al gobierno los instrumentos adecuados para corregir los defectos económicos de las instituciones sociales. Vista desde ese ángulo, es evidente que la revolución keynesiana terminaria por interesar al Ministerio de Hacienda y al gobierno en pleno. Las preocupaciones de Keynes eran compartidas por lo que él denominaba la «conciencia interior», cuyo funcionamiento resultaba algo más lento que sus propias ideas: por lo general sus ideas se adelantaban en cinco años a las de los gobernantes ingleses.

La posibilidad de aplicar las nuevas técnicas de gestión monetaria surgió en 1919, al suspenderse el patrón oro. Bajo el patrón oro el nivel de crédito interno quedaba regulado por las entradas y salidas de oro, sin que se pudiese aplicar una política monetaria anticíclica. Keynes se opuso al restablecimiento de ese sistema y abogó vigorosamente en su contra. Pero en abril de 1925 se produjo el hecho: Winston Churchill, Ministro de Hacienda, reinstauró el patrón oro con la paridad de antes de la guerra, lo cual, dada la estructura de costes británica, significaba revaluar la libra pese a que el desempleo se situaba ya en el 10 por 100.

El gobierno pensaba que la vuelta al patrón oro era una política de ayuda al empleo, puesto que iba a hacer retornar al mundo a un sistema de paridades fijas y a obligar a los empresarios a alinear sus costes con los precios mundiales. En una polémica brillante y mordaz —Las consecuencias económicas del señor Chur-

chill (18)— Keynes aseguró que el gobierno vivía en un mundo irreal. Dada la fuerza de los sindicatos, el único modo de reducir los costes salariales sería «luchar por separado con cada grupo de trabajadores y amenazarlos con el desempleo y el hambre para lograr su aquiescencia». Keynes pensaba, acertadamente, que el gobierno rehuiría esas confrontaciones y que el problema no se resolvería por culpa de haber rechazado su propia «cura» monetaria.

Si el ajuste ortodoxo de los costes salariales con miras a aumentar el nivel de empleo se veía bloqueado por el poder de los sindicatos, el ajuste de tipos de interés quedaba bloqueado por la sobrevaluación de la libra. En teoría, se suponía que los cambios del tipo de interés ajustaban la oferta de ahorro a su demanda, asegurando así que la renta total, formada por ahorro y consumo, siempre sería suficiente para retirar del mercado la oferta global integrada por bienes de consumo y de inversión. Sin embargo, si por alguna razón el tipo e interés no bajaba al aumentar el ahorro, el gasto total podía ser inferior al producto total, lo que daría lugar a que se redujese la producción y el empleo. A juicio de Keynes, la sobrevaluación de la libra era el obstáculo que producía un exceso del ahorro sobre la inversión. En los mercados de divisas la libra sólo podría sostenerse a base de mantener tipos de interés altos que provocaran un influjo de capitales, pero tales tipos de interés, habida cuenta del nivel de costes británico, serían demasiado elevados para que los empresarios se decidieran a invertir en territorio nacional. La falta de oportunidades internas dilataba el ahorro externo, que se canalizaba hacia productos extranjeros y no hacia los británicos, por resultar éstos demasiado caros, lo que venía a aumentar las presiones contra la libra. De ese modo, parte del problema del desempleo británico resultaba de un exceso de ahorro voluntario en relación con la posibilidad de inversión externa, dada la situación de la balanza de pagos o de inversión interior a los tipos de interés prevalecientes. Este fue el análisis elaborado formalmente en el Treatise on Money de Keynes, su obra más ambiciosa, y de más éxito al menos, publicada en 1930, tras un período de gestación de seis años. A partir de ahí, elaboró sus argumentos a favor del gasto en obras públicas, destinado a absorber el exceso de ahorro, argumentos que figuran en su

LAS CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE Mr. CHURCHILL

El 28 de abril de 1925, siendo Canciller del Tesoro de Inglaterra Winston Churchill, se decidió la restauración del patrón de oro que había sido abandonado durante la Primera Guerra Mundial. Esta vuelta al patrón oro se decidió sobre la base de establecer una paridad de la libra con el oro exactamente igual a la paridad de la anteguerra. Esta paridad de la anteguerra se había perdido durante el conflicto y tambien durante la paz subsiguiente, de tal forma que, en relación con la principal divisa competitiva del momento, el dólar, la libra se cotizaba por bajo de su nivel de la anteguerra. Dicho en otros terminos: la fijación de la paridad de la libra en relación con el oro se hizo a un tipo de cambio que sobrevaloraba el que en aquel momento regía en el mercado. Esta decisión iba a tener unas consecuencias económicas de la mayor importancia.

La primera pregunta que tiene que ser contestada, a la vista de esas graves consecuencias, es por qué se decidió Churchill a aplicar una paridad de la libra en relación con el oro superior a la que arrojaba la cotización del mercado. Tres razones fueron manejadas para justificar esta decisión: 1.ª Que mantener la libra a un valor tan bajo, expresado en oro, como el que había alcanzado después de la guerra constituía una injusticia, se hablaba de una «quita» para la clase de los rentistas y para aquellos otros cuyos ingresos monetarios no se elevan con el proceso de inflación. Restaurar el valor de la libra de la anteguerra significaría aceptar una deuda de honor ante estos grupos. 2.ª La restauración de la equivalencia oro de la moneda en la preguerra acrecienta el prestigio financiero de un país y promueve la confianza en el futuro. 3.ª Si la equivalencia oro de la moneda de un país se puede aumentar, los trabajadores se beneficiarán de la disminución del coste de la vida, los bienes extranjeros se podrán obtener a un precio inferior y las deudas extranjeras estipuladas en oro (por ejemplo para con los Estados Unidos) se podrán satisfacer con menor esfuerzo.

Estas parecieron ser las razones que los técnicos tuvieron en cuenta al aconsejar a Churchill la vuelta al patrón oro a la paridad de la anteguerra. Tres razones que no tenían la validez que se les concedió. En primer lugar, el restablecimiento de la paridad de la anteguerra, aunque indudablemente hiciese justicia a quienes habían contraído créditos frente al Estado o créditos frente a terceros, olvidaba el hecho de que también existían deudores recientes a los cuales no se trataba con justicia, deudores mucho más numerosos. Con respecto al tercer argumento, es evidente que los asalariados pierden al producirse un proceso de deflación que sólo puede tener éxito a condición de que los salarios se reduzcan más que los precios, y si los salarios se resisten a la reducción, el resultado será el paro. Por lo tanto, las ventajas que puedan obtener los trabajadores a través de la importación de artículos a precios más reducidos tiene que compensarse con el inconveniente que éstos sufren, puesto que, para mantener la competitividad de las exportaciones deberían reducirse los costes y con ellos los salarios. En definitiva, si estos dos argumentos no se aceptan, no quedaba más que uno solo, el prestigio. En los años siguientes a la guerra sólo Estados Unidos, Suiza, Holanda e Inglaterra conservaban el valor de la unidad monetaria inalterada. Inglaterra, que tenía un pasado glorioso como banquero internacional, temía estar perjudicada por el hecho de que su moneda no era estable. Si la confianza en la libra esterlina se restablecía, la atmósfera de confianza provocaría, eso se creía al menos, una afluencia inmediata de capitales mundiales a Londres, con lo que se facilitarían sus funciones bancarias y resultaria fácil mantener el patrón oro; y para lograr de nuevo esta confianza ningún camino se consideró mejor que revalorizar la libra esterlina hasta el nivel de la preguerra, estabilizándola a este nivel. Tal era el pensamiento de los grandes banqueros y medios financieros de Londres, uno de los cuales declararía poco tiempo después: «De momento no hay ninguna gran nación que habiendo abandonado el patrón oro no aspire a restaurarlo; el oro no tiene ningún rival de importancia».

Ahora bien, el tema que entonces se discutía no era el de la vuelta o no al patrón oro sino, muy en particular, la vuelta a la paridad fijada entre la libra y el oro. Esa decisión fue criticada por pocos. El que había sido antecesor en el cargo de Churchill, el socialista Philip Snowden, encabezó un movimiento de oposición al proyecto con una enmienda que declaraba no tanto su oposición al restablecimiento del patrón oro, cuanto el momento utilizado para realizarlo y en particular la paridad elegida al efecto. Sin embargo, esta argumentación no tuvo ni la fuerza, ni la precisión, ni tampoco suscitó el escándalo social que produjo la posición de Key-

Keynes publicó tres artículos demoledores en el Evening Standard, que recogería más tarse en un folleto titulado expresivamente Las consecuencias económicas de Mr. Churchill. En ese trabajo — uno de los más proféticos que Keynes escribió en su vida— indicaba que el error fundamental de Churchill estuvo en sobrevalorar la libra en un



W. Churchill y Ll. George.

10 por 100 respecto de su cotización en el mercado y que, a no ser que los costes de producción británicos se redujesen proporcionalmente, las consecuencias de esa decisión serían la reducción de la producción y el paro. El pronóstico sobre los efectos deflacionistas en el interior de la fijación del tipo de cambio, acentuaba con tintes dramáticos la situación a la cual iba a llegar Inglaterra a consecuencia de su necesidad de reajustar los precios y salarios a un nivel más bajo para hacerlos compatibles con el nuevo tipo de cambio fijado para

Estos pronósticos keynesianos sobre las futuras consecuencias de la fijación de la paridad de la libra se desarrollaron siguiendo la argumentación siguiente: «Nos encontraremos, para empezar, con una gran depresión en las industrias exportadoras, las principales y directamente afectadas por su decisión, Mr. Churchill. Esto en sí sera un motivo de ayuda, ya que creará una atmósfera favorable para la reducción de los salarios. El coste de la vida bajará un tanto a consecuencia de este primer efecto. También esta consecuencia será una ayuda, ya que suministrará buen argumento en pro de una rebaja general de salarios. Con todo, el coste de la vida no bajará lo suficiente y, en consecuencia, las industrias de exportación no podrán bajar los precios lo suficiente hasta que los salarios hayan bajado también en las industrias protegidas con el arancel. Ahora bien, los salarios no bajarán en las industrias protegidas sencillamente por razón de que existe paro en las no protegidas, por lo tanto tendrá Vd. - Mr. Churchill- que ver la manera de que haya paro también en las otras industrias. La manera de llegar a este objetivo será establecer una politica monetaria restrictiva. Por medio de la restricción del crédito -a través del Banco de Inglaterra- puede Vd. intensificar deliberadamente el paro hasta el punto deseado para que bajen los salarios. Cuando el proceso sea completado, el coste de la vida habrá caído también y nos encontraremos entonces, si tenemos suerte, en el punto de donde habíamos partido».

«Deberiamos advertir a Vd., Mr. Churchill, aunque esto suponga salirnos un poco de nuestra esfera, que no sería oportuno políticamente admitir que intensificara Vd. el paro deliberadamente con el propósito de reducir los salarios. Por lo tanto, tendrá Vd. que achacar lo que sucede a toda causa imaginable menos a la verdadera. Calculamos que pasarán unos dos años antes de que pueda Vd. pronunciar una sola palabra de verdad en público. Para esa fecha, o ha abandonado Vd. el cargo o un reajuste, de una manera o de otra, se habrá producido».

Los efectos pronosticados por Keynes no tardaron mucho tiempo en registrarse. El primer sector que realmente cosechó las consecuencias fue, como él había dicho, el conjunto de industrias exportadoras y, a la cabeza de ellas, la del carbón. Los propietarios de la minería del carbón afirmaron desde el principio que, dado el nivel de los salarios, era imposible continuar compitiendo en los mercados extranjeros con los precios, pues el tipo de cambio lo impedia. Los mineros, por su parte, se negaron a una reducción de sus salarios pues era tanto como echar sobre sus hombros una gran parte del peso del reajuste, cargando con el peso de la nueva paridad. La consecuencia esperada de esta situación fue una huelga de los mineros. Para evitarla, el gobierno concedio un subsidio que permitiera continuar pagando los salarios anteriores a la revaluación de la libra, mientras se llevaba a cabo una detenida investigación sobre la situación de la minería del carbon. Como el dictamen fue obietivo, su texto dio pie a que ambas partes se hicieran fuertes en la parte de razón que tenían en sus respectivas posiciones. Para los empresarios del carbón, se deducía claramente del texto del informe que no podían soportar el nivel de los salarios existente, y para los mineros venía a probar ese dictamen la necesidad de nacionalizar aquella industria extractiva.

Las consecuencias de esa contienda no fueron otras que alimentar una huelga general que, si bien pareció que podía terminar en principio con una victoria de los mineros, tuvo, como consecuencia, una modificación de la opinión pública del país en contra del grupo debil que, en principio, había resultado su favorito. Esa larga huelga, una de las más costosas que ha experimentado Inglaterra, constituía una «consecuencia económica de Mr. Churchill» según Keynes.

Cabe hoy valorar, con la experiencia histórica disponible, esta polémica que llenó los meses centrales del año 1925 en la Inglaterra de Keynes y de Churchill. Toda la literatura posterior de carácter económico que ha examinado atentamente esa decisión destaca su enorme importancia para condicionar el futuro de Inglaterra y la evolución del sistema monetario en los países occidentales. Fue una decisión desacertada, costosa, que obligaría más tarde, después de producir una serie de efectos negativos, a abandonar en 1931 el patrón oro y la vieja paridad; eso si, dejando detrás de esa decisión una serie de años perdidos, con costes enormes en términos de esfuerzo y paro para las personas que vivieron en aquellos tiempos. Keynes lo advirtió y no fue escuchado.

informe a la Comisión Macmillan sobre Industria y Hacienda de 1930 (19).

Hasta entonces, las explicaciones que sobre el paro daba Keynes se habían centrado en la existencia de obstáculos institucionales que impedían el ajuste requerido por la teoría clásica. Había precios administrativos, lo que impedía que los mercados correspondientes alcanzaran su nivel de equilibrio. Los ajustes cuantitativos sustituían a los ajustes de precios, dejando a la economía «atascada» (al menos temporalmente) en una situación de desempleo. Se precisaba, pues, para «cebar la bomba» contar con obras públicas financiadas por el ahorro «no utilizado».

En opinión de algunos economistas, ahí radica toda la validez del enfoque keynesiano; validez nada desdeñable en lo que atañe a la política económica. Ahora bien, si todo lo nuevo del enfoque keynesiano se reduce a esa proposición, su *Teoría General* de 1936 no constituye sino un caso especial del modelo clásico: la existencia de determinadas condiciones restrictivas; y, sin embargo, el propio Keynes afirma en la *Teoría General* que el modelo clásico, que parte de la base de total flexibilidad de precios y equilibrio de los mercados, no es sino un caso especial de su propia teoría.

Lo que Keynes hizo, entre 1930 y 1936, fue convertir dos de los obstáculos institucionales que impedían el pleno empleo -costes salariales y tipos de interés rígidos- en inconsistencias lógicas del modelo clásico y, razonando en economía cerrada, dejar fuera de su propio modelo los ajustes del tipo de cambio. El modo más fácil de comprender lo que Keynes dice es partir de una disminución del nivel de inversión que dé lugar a un aumento del desempleo (lo que puede darse por una serie de razones, entre otras un cambio de gobierno). La teoría clásica daba por supuesto que, si el ahorro permanecía al mismo nivel, el tipo de interés se reduciría, que se abarataría así la inversión y que, de esa suerte, volvería a sus niveles de partida. Para Keynes no ocurre así porque lo que hace el tipo de interés no es igualar oferta y demanda de fondos prestables sino equilibrar la oferta de dinero y la demanda del mismo o «preferencia por la liquidez». Como quiera que la preferencia por la liquidez aumenta durante los períodos depresivos, por reducirse el atractivo de la inversión, el tipo de interés

puede continuar siendo demasiado elevado para tirar de la inversión y recuperar el pleno empleo. En el enfoque de Keynes, los mercados laborales no se equilibran ni siquiera con salarios monetarios flexibles, ya que, cuando éstos descienden, los precios también lo hacen proporcionalmente, dejando inalterados los salarios reales. De ahí que pueda aparecer y mantenerse el «paro involuntario» pese a que los sindicatos estén dispuestos a aceptar reducciones de los salarios monetarios. Si los salarios reales son rígidos a la baja, el exceso del ahorro se eliminará, no por un descenso del tipo de interés y un aumento de la inversión, sino por la correspondiente reducción de renta. Así pues -y ahí radica la diferencia fundamental entre Keynes y los clásicos-, para Keynes la economía se ajusta a las perturbaciones externas, no mediante variación de los precios, sino mediante cambios en la producción y el empleo. Los economistas siguen todavía discutiendo si, para aceptar la validez de la crítica keynesiana, es preciso incluir la hipótesis de incertidumbre. Dado que en su modelo no existe el pleno empleo automático, Keynes tuvo que diseñar su propia teoría del empleo. En el modelo keynesiano el nivel de empleo depende del nivel de demanda efectiva, compuesta del gasto en consumo e inversión. Si ese nivel de demanda es insuficiente para retirar del mercado la producción de pleno empleo, siempre podrá el gobierno aumentar el empleo incrementando el gasto público. Con esa propuesta, apoyada en una teoría lógica, Keynes logró su objetivo de resolver el problema práctico fundamental con que tropezaban los gobiernos liberales de su época.

Keynes pasó la mayor parte de los años de entreguerras escribiendo sus dos grandes obras. De acuerdo con Lydia estableció un tipo de vida que se mantuvo hasta el año 1937. Durante el curso lectivo, vivía solo en Cambridge desde la noche del jueves hasta el martes por la mañana; de esa forma daba sus clases, se ocupaba de los problemas administrativos de la Universidad (de la que pasó a ser Tesorero en 1926), presidía su selecto Club de Política Económica y, por supuesto, escribía artículos periodísticos. El período de martes a jueves lo pasaba en Londres, junto a Lydia, en el 46 de Gordon Square, Bloomsbury. Durante esos días se ocupaba de sus obligaciones financieras -de 1921 a 1938 fue Presidente de la National

Mutual Life Assurance Company -, de sus obligaciones como editor del Economic Journal y tomaba parte en la vida cultural, política y social londinense. Los dos pasaban sus vacaciones en su casa de campo de Tilton, Firle, en Sussex: allí escribió Keynes la mayor parte de sus libros. Y por supuesto no eran ésas todas sus actividades. Debía ocuparse de administrar sus crecientes inversiones, de la Asociación de Artistas de Londres, de sus compras de libros y de cuadros. Hacia el final de la década de los 20 ayudó a diseñar la política económica del Partido Liberal y en los años 30 formó parte del Consejo de Asesores Económicos del gobierno. Podía también sumergirse, durante largos períodos, en diversiones intelectuales, como por ejemplo las monedas antiguas.

Cuando todavía estaba revisando la Teoría General. Kevnes encontró tiempo libre para planear y construir el edificio del Cambridge Arts Theatre que se inauguró el 3 de febrero del año 1936. No solamente organizó la financiación del mismo - 17.500 libras las puso de su propio bolsillo-, sino que inspeccionó, hasta el último detalle, las operaciones de construcción, los servicios de restaurante, el sistema eléctrico y hasta la política artística. Conseguía así su viejo sueño de «restaurar el Teatro (en Cambridge) con su sutil atractivo para el intelecto y la imaginación, y colocarlo en el lugar... que ocupaba a principios del siglo XVII» (20). La ejecución simultánea del proyecto económico y cultural reforzaba su opinión de que los economistas son «los garantes de la posibilidad de civilización».

Desde que ingresó en el ministerio de Hacienda en 1914, Keynes había llevado una vida de esfuerzo continuo. Es el tipo de vida que deseaba; rebosaba ansias de vivir, aunque nunca daba la impresión de tener prisa o de estar cansado. Pero los esfuerzos terminaron por resultar excesivos. Nunca, por otra parte, habia sido una persona de extraordinaria salud y, a partir del otoño de 1936, empezó a notar dificultades para respirar y dolores en el pecho. A principios de mayo de 1937 sufrió una trombosis coronaria. Durante más de dos años no fue sino un inválido, aunque nunca se le pudo convencer para que dejara de trabajar. Su salud comenzó a mejorar tan solo en 1939, gracias a los cuidados del Dr. Plesch, un brillante médico alemán emigrado a Inglaterra. Cuando la guerra estalló estaba de nuevo en condiciones de servir a su país.

IV

eynes volvió al servicio público en enero de 1940 como miembro del Consejo Asesor del Ministro de Hacienda. Se le dio un despacho en el propio Ministerio de Hacienda, se le encargaron toda una serie de trabajos personales v se le informó de la política económica global del gobierno. A pesar de su invalidez, su actividad fue prodigiosa v tan variada (ocupa seis gruesos volúmenes de las Obras Completas) que no podemos aquí hacer referencia sino a alguno de sus aspectos. Aparte de los trabajos dedicados exclusivamente al esfuerzo de guerra, lo que Keynes hizo en el último período de su vida fue terminar de construir los fundamentos del capitalismo administrado, siguiendo las líneas establecidas en sus obras teóricas. Merecen especial atención tres de sus contribuciones a la política económica de la postguerra.

La primera se refiere al problema de la financiación de la guerra. En la teoría keynesiana, el objetivo del presupuesto no es equilibrar las cuentas del gobierno, como en la teoría presupuestaria clásica, sino equilibrar las cuentas de la nación; es decir, conseguir que oferta y demanda de bienes, a precios constantes, se equilibren al nivel de pleno empleo. Durante la querra no se trataba de alcanzar el pleno empleo - que ya se había alcanzado en 1940sino de evitar que la demanda total excediese a la oferta total -es decir, de conseguir que la demanda adicional creada por el pleno empleo no se gastara en bienes de consumo sino que fuera «confiscada» por el gobierno para hacer frente a los gastos de guerra. Para lograr ese objetivo Keynes proponía - propuestas que figuran en dos artículos que aparecieron en The Times en noviembre de 1939 y que se titulan «Cómo pagar los gastos de guerra» - poner en marcha un plan de ahorro forzoso o «pago diferido» en virtud del cual el exceso de poder de compra se eliminaria mediante un impuesto progresivo y extraordinario sobre todas las rentas (a las familias más pobres se les compensaría mediante subsidios familiares). Terminada la guerra, ese poder de compra retornaría a los particulares, de forma parcial, para compensar

la previsible depresión postbélica (21). Se trataba de un plan muy ingenioso que, no solamente ilustra la gran visión administrativa de Keynes, sino que también pone de manifiesto su búsqueda constante de teorías que pudieran ser aplicadas por la maquinaria administrativa real y que se acomodasen a los valores sociales existentes. Su análisis de los problemas presupuestarios y su cálculo de la renta nacional. cálculo que Keynes empleó para estimar la «brecha inflacionaria», dieron pie a la estrategia presupuestaria aplicada durante toda la guerra, y que comenzó con el presupuesto kevnesiano presentado por Sir Kingsley Wood, en 1941. Pero, en realidad su importancia es mucho mayor. En 1939 Keynes se había preguntado si las «democracias capitalistas» querrían, alguna vez, llevar a cabo el «gran experimento» que permitiese contrastar sus teorías. Durante la guerra se puso en práctica el experimento, con resultados positivos. La economía funcionó a su nivel de pleno empleo y sólo sufrió una inflación moderada. Parecía, por lo tanto, que lo que podía hacerse en período de guerra debería también poder hacerse en período de paz. El Libro Blanco sobre el empleo de 1944 contiene una frase inicial de tonalidades abiertamente keynesianas: «entre los objetivos y responsabilidades fundamentales del gobierno figura el mantenimiento, después de la guerra, de un nivel alto y estable de empleo» - responsabilidad que no se repudió formalmente en Inglaterra hasta 1980.

La segunda contribución fundamental de Keynes al orden económico de la postguerra fue el papel que desempeñó en la construcción del sistema de Bretton Woods. En Las consecuencias económicas de la paz había anticipado el problema básico: Europa dependía cada vez más de las importaciones de EE. UU. sin que, a la inversa, fuese capaz de exportar más hacia América. Ese desequilibrio en la capacidad competitiva, y la restauración del patrón oro, se había traducido en altos niveles de deflación y paro en las economías europeas. Al quebrarse el sistema, en 1931, se había dado paso a una época de controles de cambio, tipos de cambio administrados, aranceles, cuotas, clearing bilaterales: lo que se denominaba el sistema del doctor Schacht. Y, para muchos, esta situación había contribuido, notablemente, al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, también se pensaba que Gran Bretaña (que había dado vida a su propio sistema de preferencias imperiales) no podía compartir el mismo sistema de intercambio que los EE. UU. a menos que pudiese restablecerse el equilibrio general de pagos entre EE. UU. y Europa.

El propio Keynes se había inclinado por el nacionalismo económico en los años 30 porque le parecía la única forma de poder aplicar, en Gran Bretaña, una política económica encaminada a obtener el pleno empleo. Pero esas ideas se oponían a sus instintos liberales, que rechazaban las interferencias excesivas con el mecanismo de precios. Precisamente por esa misma razón la idea de un comercio «planificado» conoció el favor de la izquierda, dado que parecía necesaria consecuencia de la planificación interior. Cabe dudar, en todo caso, que Keynes se hubiese mostrado tan internacionalista de no haber sido por la presión norteamericana. Los americanos (dirigidos por Cordell Hull, Ministro de Asuntos Exteriores) estaban deseosos de reinstaurar el libre cambio tras la guerra y, gracias al Acuerdo de Préstamos y Arriendos, podían forzar la voluntad británica: el artículo octavo del mismo estipulaba «la eliminación de las barreras discriminatorias». Y así Keynes tuvo, en 1941, que armonizar los deseos británicos de aplicar políticas de pleno empleo con los objetivos de librecambio mutilateral de los americanos.

Dio solución al problema a través de la propuesta, bien conocida, de una Unión de Clearing, cuya principal característica consistía en que los países miembros deficitarios podrían girar en descubierto, automáticamente, contra el Banco Internacional de Clearing, descubiertos que se transferirían a los saldos positivos de los países miembros excedentarios. En el caso de déficit persistente, los países correspondientes deberían ajustar sus tipos de cambio y adoptar otro tipo de medidas para recuperar el equilibrio externo. Bajo esas condiciones —que suponían una expansión ilimitada del clearing multilateral-Gran Bretaña podría aceptar lo que, a juicio de Keynes, constituía «la situación normal y deseable: un sistema internacional no discriminatorio» (22).

Los americanos presentaron un plan alternativo (el Fondo Monetario Internacional de Harry Dexter White) mucho menos favorable para los intereses británicos; y ese plan fue el que dio vida a los acuerdos de Bretton Woods, firmados el 22 de julio de 1944. Hay que decir que Keynes, al tratar de solucionar el problema planteado por el artículo octavo del Acuerdo de Préstamos y Arriendos, desempeñó un papel decisivo en la tarea de lograr que Gran Bretaña (y Europa) adoptaran posturas liberales en el orden económico internacional de la postguerra.

La tercera actuación política de Keynes fue su negociación del préstamo americano, en el período de septiembre a diciembre de 1945. De haber prosperado la Unión de Clearing no hubiese sido necesario obtener un préstamo. Sin embargo los «derechos de giro» mucho menores con los que podía contar Gran Bretaña, por su participación en el Fondo Monetario Internacional, no eran pagaderos en el período de transición postbélico durante el cual, estimaba Keynes, el déficit de balanza de pagos de Gran Bretaña sería, durante tres años, de cinco mil millones de dólares al año. Para evitar «la alternativa austera» era absolutamente necesario contar con la ayuda estadounidense. En una carta, fechada el 27 de abril de 1945, Keynes le decía a Lord Beaverbrooks, quien se mostraba contrario a que se pidiese ayuda a los americanos: «¿Es Vd. realmente partidario de un sistema de trueque que, en la práctica, supondrá la cuasi existencia de un monopolio estatal de importaciones y exportaciones al estilo ruso? ¿Le parece conveniente mantener, con carácter indefinido, los controles estrictos y el (probablemente mucho más severo) racionamiento?»

Al producirse la repentina cancelación del Acuerdo de Préstamos y Arriendos, el 17 de agosto de 1945, se hizo absolutamente imperativo detener la hemorragia por cuenta corriente. El 23 de agosto de 1945 el gobierno laborista aceptó la propuesta de Keynes de conseguir de los EE. UU una ayuda de cinco mil millones de dólares. Junto a Lord Halifax presidió la misión británica que se desplazó a Washington. Una de las más difíciles experiencias de su vida debió de ser el período de tres meses de negociaciones, al final del cual Keynes logró de los americanos dos mil millones de dólares, en concepto de préstamo (y no ayuda) y, además, con una condición desfavorable: que la libra esterlina se hiciera convertible transcurrido un año desde la ratificación del acuerdo. Y, en todo caso, una experiencia humillante para alguien que había sido uno de los dirigentes de un imperio mundial y que tenía que pasar por la amarga experiencia de solicitar ayuda de los Estados Unidos. Y sin embargo Keynes se tragó su amargura, y persuadió al gobierno para que la aceptase también, porque, tal y como explicó a Lord Halifax, la alternativa consistía en emplear métodos «nazis o comunistas». En la Cámara de los Lores (en 1942 se le había nombrado Barón Keynes de Tilton) hizo una elocuente defensa del acuerdo (23).

Hay que suponer que Keynes nunca se recuperó plenamente del desgaste de la negociación del préstamo. En la primavera de 1946 tuvo que cruzar el Atlántico otra vez, hasta Savannah, para la sesión inaugural del Fondo Monetario Internacional, en la que tuvo otra desagradable disputa con los americanos, esta vez con respecto a la administración del Fondo. Como siempre, se ocupaba además de otros temas. Durante la guerra, y además de su puesto en el Ministerio de Hacienda, había ocupado la presidencia de CEMA -- el Consejo para el Estímulo de la Música y las Artes-. En 1945 fue nombrado primer presidente de la entidad sucesora, el Consejo de las Artes. Por eso, y después de la reunión de Savannah, se detuvo en Washington y desde allí escribió una carta a Ninetto de Valois contándole sus planes para llevar los ballets de Balanchine al Royal Opera House del Covent Garden, lugar que, por sus buenos oficios, había dejado de ser un salón de baile y vuelto a sus glorias pretéritas. Posteriormente marchó a su adorado Tilton, donde un domingo de Pascua, el 29 de abril, sufrió un fatal ataque de corazón. Su padre y su madre se encontraban entre los muchos famosos y agradecidos personajes, de todas las condiciones, que asistieron a su funeral en la Abadía de Westminster.

V

In 1951, cuando apareció la biografía de Keynes escrita por Sir Roy Harrod, la revolución keynesiana se encontraba en sus albores. Hoy podemos valorar mejor sus resultados. Y en estos momentos, cuando existen tantas dudas respecto de los logros de Keynes, hay que volver a subrayar, con todo énfasis, que esos resultados han sido extraordinariamente positivos. La onda expansiva mundial de 1950 a 1973 no solamente ha sido la más larga desde la Revo-

LA ERA KEYNESIANA

Los años que siguieron a la segunda posguerra mundial, en especial a partir del año 1951 en que finaliza la reconstrucción, anuncian un cambio importante en las tasas de desarrollo histórico registradas por los países occidentales. De 1951 a 1973 se extiende una larga etapa de prosperidad que muchos economistas (hasta hace no muchos años prácticamente todos y hoy cada vez un grupo más minoritario) vienen denominando la *era keynesiana*. Esa denominación ha sido discutida desde tres frentes distintos.

En primer lugar, la llamada era keynesiana ha contribuido al desarrollo de la producción de renta y el empleo sobre la base de asegurar una mayor participación en la producción total del Estado. Nuestra economía hoy es más mixta que era antes de la revolución keynesiana. Tenemos un capitalismo mixto (mitad Estado, mitad mercado) gracias al cual hemos logrado hacer nuestras economías más estables y hemos conseguido niveles mayores de producción y de ocupación. Son muchos los que discuten que detrás de este crecimiento del Estado y de su presencia en los distintos países estén sólo motivos keynesianos. El Estado ha crecido por muchas razones: por razones humanitarias o socialistas, por razones bélicas, por razones de los cambios de la estructura económica debidos a las presiones que suscita un sistema democrático, y otras muchas. ¿Por qué entonces adherir al capitalismo mixto de hoy la etiqueta de era keynesiana? La razón de esta decisión estriba en que Keynes fue -más que ningún otro economista- quien indicó cuál era

la mezcla coherente y racional que había que realizar entre Estado y mercado para obtener un capitalismo más eficiente, diseñó cierto tipo de intervenciones públicas que no destruyeran, sino que salvaran, tanto el capitalismo como la democracia liberal. Hemos puesto en marcha con imperfecciones, por supuesto, su teoría y hemos vivido de ella durante los últimos treinta años. Antes de Keynes la mayoría de los progresistas creían que algún sistema de planificación central, autoritaria, normalmente siguiendo el modelo soviético, constituía la única respuesta al problema económico que planteaba el capitalismo. Keynes ofreció un modelo alternativo, una forma de mostrar cómo funciona la economía y cómo deja de funcionar, incluyendo naturalmente sus propias recetas políticas para tratar de que fuese eficiente. Disponer de esa teoría fue fundamental para conseguir dar pasos con el fin de orientar las intervenciones públicas; la simple política inflacionista no hubiera sido jamas aceptada como una alternativa respetable frente a la planificación central. Ese cambio en el ambiente de los motivos racionales para justificar la intervención pública son los que justifican la denominación de era keynesiana al referirnos al capitalismo mixto que se vive en Occidente.

Una segunda objeción para discutir ese calificativo de keynesiana a la situación actual proviene de los marxistas. Llamamos era keynesiana, dicen, a una situación como la vivida en el mundo de 1951 a 1973, lo que oscurece la relación con el viejo capitalismo del capitalismo actual. ¿Es que acaso el ca-

pitalismo mixto actual es distinto del capitalismo del pasado? ¿No es el mismo capitalismo con sus injusticias, con sus contradicciones y con su inestabilidad el que hemos «disfrutado» en la era keynesiana? En el mejor de los casos, Keynes no hizo otra cosa que aplazar la crisis final del capitalismo al coste de intensificar sus propias contradicciones internas. El remedio keynesiano fue un remedio transitorio y superficial a un mal de fondo para el que no tenía respuesta. Aún admitiendo el radicalismo con el que la pregunta està realizada, es evidente que hay hechos claros que los marxistas tienden a negar. A saber, que el poder político se ejerce hoy de forma distinta a como se ejercía en el capitalismo tradicional; que los motivos públicos cuentan más en la situación presente que en el pasado y que, en cualquier caso, las recetas keynesianas han constituido el punto de partida para una formidable multiplicación de los bienes y servicios que nos ha traído desde 1951 hasta hoy. Decir que esos cambios no han significado nada respecto de las variaciones en la producción supone ignorar la importancia de unos hechos incuestionables. Y queda siempre la pregunta ¿dónde está el sistema económico alternativo distinto del capitalismo mixto que lo haga mejor?

Una tercera objeción al uso de la calificación de era keynesiana adopta otra forma distinta, consistente en negar que las ideas de Keynes fueran de hecho las centrales para la prosperidad que se ha logrado en la gran ola de crecimiento económico que va del 51 al 73. La causa del crecimiento fundamental reside - según algunos escritores no tanto en las ideas keynesianas cuanto en el comportamiento de la balanza de pagos americana. La pax americana, esto es, la posibilidad de que Estados Unidos se liberase por el sistema de pagos existente de la disciplina impuesta a los demás países, le permitió imponer y desarrollar su propia política. Estados Unidos fue capaz de manlución Industrial; ha producido también la más alta tasa de crecimiento registrada jamás en igual período. Gracias a esa onda expansiva las sociedades occidentales alcanzaron un nivel de bienestar desconocido hasta entonces y buena parte del mundo en desarrollo salió de la pobreza para gozar de una relativa prosperidad. A su vez, el éxito económico apuntaló las instituciones democráticas en buena parte del mundo, lo que no parecía posible en los años treinta y cuarenta.

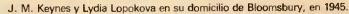
Por supuesto, hubo también otros factores favorables: los economistas afirman, en estos momentos, que la economía mundial se benefició de la fase de alza del ciclo de Kondratieff. Pero, a juzgar por experiencias pasadas, hay que pensar que el auge no hubiese sido tan completo ni tan sostenido si no se hubiese visto ayudado por la política económica de corte keynesiano. El factor crucial consistió en que los gobiernos de los principales países mantuvieron un elevado nivel de demanda en sus economías, lo que, a su vez, produjo altos niveles de ahorro e inversión. El hecho de que tantos gobiernos pudieran aplicar la misma política económica simultáneamente, al tiempo que mantenían la paridad de sus monedas, se debió no al sistema de Bretton Woods sino a la salida continua de dólares de los Estados Unidos. Lo cual, a su vez, era un subproducto del sistema defensivo americano y no el resultado de una política económica de carácter keynesiano. Sin embargo, y de no haber existido los presupuestos keynesianos, no es fácil que los americanos hubiesen mantenido o aceptado, durante tanto tiempo, ese volumen de déficit exterior. Y tales resultados se consiguieron con sólo un ritmo de inflación moderado, aunque hacia el final de ese período la presión inflacionaria aumentara claramente.

La principal crítica a Keynes se apoya en ese hecho: al apagar un fuego, el del paro, Keynes encendió otro, el de la inflación, inflación que, más pronto o más tarde, generaria también desempleo. La ofensiva monetarista, dirigida por Milton Friedman, no constituye sino una expresión de esa revuelta contra las ideas keynesianas. Pero ha habido muchas otras críticas. Es difícil encontrar hoy un solo gobierno en el mundo que se proclame abiertamente keynesiano, en el mismo sentido en que lo eran otros muchos gobiernos en los años sesenta. Pero,

al mismo tiempo, ninguna de las alternativas ha logrado desbancar a la ortodoxia keynesiana. No hay ya ortodoxia alguna. La ciencia económica ha perdido el rumbo y también las economías. Sin embargo, no hay que olvidar que la revolución keynesiana ha perdido su impulso y vale la pena analizar las razones de ese cambio.

Es innegable que el período de auge sin precedentes se vio acompañado por una inflación continua que fue cobrando cada vez mayor importancia; y es plausible atribuir el ritmo creciente de inflación a las políticas de corte keynesiano aplicadas por los gobiernos, y, entre ellas, el crecimiento del déficit por cuenta corriente estadounidense. Sin embargo, existen dos mecanismos causales que han actuado con efectos distintos y que parecen poder explicar esa tendencia inflacionista. El primero tiene que ver con la forma en que los sistemas políticos de carácter competitivo responden no solamente a las peticiones del mundo empresarial sino también a las demandas sociales contradictorias cuando no existen límites técnicos o morales para crear dinero por parte de la autoridad monetaria (como existían cuando la oferta monetaria guedaba ligada a una base metálica bajo el patrón oro). He ahí una clara base de sustentación, social y política, de la denominada inflación de demanda. Y, por otro lado, parece lógico suponer que la misma garantía del pleno empleo ha reforzado la capacidad de los principales sectores productivos para elevar el precio de sus servicios, lo que tiene efectos inflacionarios a todo lo largo y ancho de la economía. En otras palabras, la existencia de un monopolio parcial en la oferta de trabajo y de bienes puede tener efectos inflacionarios si el compromiso de pleno empleo evita que se produzca el ajuste de costes relativos -como ocurrió en los primeros momentos de la revolución energética. Si la inflación ha sido de costes, lo que a su vez ha dado lugar a una inflación de demanda, o una inflación de demanda que ha creado las condiciones necesarias para que se produjera una inflación de costes, es básicamente un problema semántico y que dependerá del país analizado. Lo que sí es cierto es que tan pronto como se generan expectativas inflacionistas es muy dificil lograr un acuerdo para frenar la inflación, puesto que el mismo fenómeno inflacionario produce una arbitraria redistribución de renta que apoyan los que satener un déficit en su balanza de pagos durante la mayor parte de la era que llamamos era keynesiana. Pues bien, fue este déficit, más que los efectos combinados de la política económica keynesiana interna, el que produjo la prosperidad y después, por desgracia, la inflación mundial. Como Skidelsky afirma en su artículo, si Estados Unidos ha desempeñado ese papel lo ha hecho sobre la base de que Keynes legitimó ese tipo de déficit, explicando los mecanismos en virtud de los cuales se podía incorporar a un proceso generador de renta. Puede considerarse, en cierto sentido, que Estados Unidos ha jugado un papel keynesiano a escala del mundo libre; en cualquier caso, es altamente improbable que tanto los propios americanos como los europeos hubiesen aceptado los prolongados déficits estadounidenses sin la comprensión de su función económica, que fue precisamente la que Keynes proporcionó. La inflación mundial que ayudaron a promover esos déficits es parte del problema general que hoy ha creado esa interpretación de la política keynesiana y que frecuentemente, y no siempre con justicia, se le imputa.

Cabe pues defender que la era que abarca la larga etapa de prosperidad mundial de 1951 a 1973, obtuvo su inspiración fundamental en los métodos diseñados por Keynes para la política macroeconómica. Cuestion distinta es que esa política haya ido perdiendo, a consecuencia de una variación radical en los hechos, la fuerza que inicialmente tenía y que hoy la era keynesiana haya terminado. Efectivamente, muy pocos keynesianos negarán que la fase de crecimiento espectacular que se registra en el mundo de 1951 a 1973 es una fase histórica, que la prosperidad keynesiana está detrás y no delante de nosotros y que es preciso articular ideas nuevas que sirvan para una etapa nueva. En cualquier caso, Keynes al hacernos llegar hasta aquí, es decir, al multiplicar la producción, la renta y la ocupación con la que el mundo contaba al terminar la Segunda Guerra Mundial, ha escrito una página importante en la historia de las economías occidentales.





te a los mismos, algún tipo de protección, lo cual ha hecho posible que políticos (y economistas) se permitan invocar su nombre para defender propósitos que Keynes hubiese considerado absurdos y peligrosos.

En segundo lugar, la esencia de la teoría keynesiana, que acepta la existencia de imperfecciones de mercado inevitables y que, para mantener el pleno empleo, confía en una serie de decisiones adoptadas por fuera del mercado, hizo que toda una generación de políticos y economistas se despreocupase de llevar a cabo las reformas institucionales necesarias para mejorar el funcionamiento de los mercados. De esa forma Keynes parecía renunciar a una de las principales funciones de la ciencia económica: poner en tela de juicio las instituciones que dificultan la producción de riqueza. Dicho de otra forma, su preocupación constante por relacionar la economía con la estabilidad social le llevó a ignorar o subestimar los aspectos de la ciencia económica que, necesariamente, tienen que ocuparse de la renovación social, inclusive aunque ello suponga fricciones sociales. No es que el enfoque keynesiano excluya el cambio institucional, pero sí es cierto que las medidas de corte kevnesiano han buscado siempre hacer funcionar correctamente las instituciones económicamente ineficaces en lugar de tratar de mejorarlas; tal postura puede encontrarse en los propios escritos de Keynes. Y, por lo tanto, puede argüirse que las recetas keynesianas han dado lugar a un aumento de la tasa «natural» de desempleo y que los intentos de reducir esa tasa, por métodos keynesianos, hasta un nivel políticamente aceptable, no han hecho sino avivar la inflación.

Una última razón del fracaso acumulativo de la política económica keynesiana no puede ser imputada ni a Keynes ni a los gobiernos. En la Teoria General, Keynes manifestó claramente que, para aumentar el volumen de empleo, la condición necesaria, aunque no suficiente, era reducir los salarios reales (25). En otras palabras, los gobiernos pueden aumentar el empleo continuamente si incrementan el gasto, pero a condición de que exista «ilusión monetaria»: que los trabajadores no reclamen aumentos de salarios para compensar el aumento de precios durante la fase de auge. De esa forma se produce una disminución de los salarios reales. Keynes pensaba que eso era, históricamente, lo que había sucedido en períodos de inflación. Pero no entremos ahora en ese tema. Por una serie de razones, algunas de ellas conectadas con el éxito de la propia política keynesiana, la ilusión monetaria ha desaparecido. Los trabajadores tratan siempre de compensar los incrementos de precios. Y, puesto que no existe ilusión monetaria, resulta difícil comprender cómo, según la teoría keynesiana, un aumento del gasto público puede dar lugar a un mayor nivel de empleo que pueda mantenerse pese a la existencia de expectativas inflacionistas provocadas por la expansión inicial —a menos que se pacte una política de rentas que reduzca los salarios reales, lo que no parece muy probable.

Por todas esas razones, puede pensarse que la eficacia de las recetas keynesianas, al menos tal y como las hemos conocido, está desvaneciéndose. Lo que probablemente no hubiese preocupado mucho al propio Keynes. Siempre pensó que las circunstancias cambian; que los logros pasados crean nuevos problemas, problemas que deben ser tratados por mentes abiertas. Tan sólo hubiera insistido en que la nueva solución de los problemas se consiguiera en el marco de los valores liberales y con la intención final de preservar la posibilidad de vida civilizada. En 1940, en el cénit de la batalla de Inglaterra, escribió:

«Los reformistas deben comprender que vale la pena hacer grandes esfuerzos por mantener la descentralización de decisiones y de poder que constituye la primera virtud del viejo individualismo. En un mundo de ansias destructoras deben tratar, con todo celo, de proteger la variedad del tejido social, aunque para ello sea preciso tolerar algunos abusos. La civilización es un legado de nuestros antepasados, que conocían mejor que nosotros su fragilidad, una obra milagrosa dificil de conseguir y fácil de destruir. Tenemos que huir de ese "nada es válido" de la izquierda, que ha dejado sin razón y sin fuerza a tantos buenos proyectos. Y, por su parte, la vieja guardia de la derecha tiene que reconocer, si conserva un ápice de razón o prudencia, que el sistema existente ha quedado desarbolado y que es ridículo pensar que vaya a seguir funcionando, sin experimentar modificación alguna, cuando medio mundo se está derrumbando» (26).

Keynes trató siempre de moverse entre el individualismo y el «nada es válido». Los que deseen ocupar su puesto tienen, por fuerza, que seguir ese camino. len ganando de ella y a la que se oponen los que pierden. Y, en esas circunstancias, a los gobiernos les resulta cada vez más difícil gobernar. Tal ha sido la experiencia británica de los años setenta, experiencia que se ha reproducido en la mayoría de los países occidentales.

¿En qué medida es posible responsabilizar a Keynes de esos resultados negativos? Por lo que sabemos de su vida, es seguro que Keynes se hubiera opuesto a ese compromiso incondicional de pleno empleo aceptado por muchos gobiernos occidentales después de la Segunda Guerra Mundial. Por una razón fundamental: que siempre fue extremadamente contrario a la inflación. Inclusive aquellos de sus escritos que permiten suponer que hubiese aceptado una suave inflación tienen que ser interpretados en su correspondiente contexto. En su Tract on Monetary Reform figura una frase característica: «Así pues la inflación es injusta y la deflación ineficaz. Probablemente la deflación... es la peor de las dos; porque es peor, en un mundo empobrecido, generar desempleo que desilusionar al rentista. Pero no es necesario contraponer uno de los males al otro». Hay que resaltar, de ese texto, la frase: «En un mundo empobrecido». Es muy dudoso que Keynes hubiese pensado que los países occidentales eran, a lo largo de los años sesenta, países empobrecidos; eso sí, hubiese aceptado un suave crecimiento de precios como estímulo a un crecimiento más rápido en el Tercer Mundo, una parte de la tierra a la gue nunca, en su vida, prestó atención alguna.

Y una vez más hay que recordar que Keynes definió el pleno empleo de forma mucho más cautelosa que los keynesianos de la posguerra. Por lo general distinguía, con todo cuidado, la parte de desempleo que era «involuntario», desde su punto de vista, de la parte que resultaba «voluntario» en el sentido clásico. Nunca se desprendió completamente de las enseñanzas clásicas en ese terreno. Siempre consideró que un desempleo del 5 al 6 por 100 de la población activa constituía la tasa «natural» de la economía británica de su tiempo, en condiciones de paz, y nunca sus medidas estaban pensadas para reducir ese nivel de desempleo. El problema de la guerra constituye tema aparte.

Y más aún, Keynes siempre reconoció los peligros inflacionistas que estaban implícitos en sus propios objetivos de pleno empleo, aunque nunca propuso fórmulas coherentes para superarlos. Escribió en 1936, respondiendo a una crítica: «Estoy de acuerdo en que nuestros métodos de control no son, normalmente, ni suficientemente delicados ni suficientemente poderosos como para mantener, de forma continua, el pleno empleo. Me contentaría con lograr una aproximación razonable a ese objetivo y, en la práctica, frenaría las medidas expansionistas algo antes de que realmente se hubiese alcanzado el pleno empleo técnico» (24). El pleno empleo técnico incluía también el desempleo «voluntario». Durante la guerra comenzó a pensar en la posibilidad de prolongar, también en tiempo de paz, el contrato social entonces existente con los sindicatos.

Sin embargo, y por mucho que se afirme que el propio Keynes era contrario a la inflación, sus críticos siempre podrán aducir que la inflación creciente es resultado necesario de la intervención keynesiana. Una teoría tiene que ser juzgada por las tendencias que de ella dimanan, no por el personal *obiter dicta* de su fundador. Y creo que, en ese terreno, se le pueden hacer dos acusaciones:

En primer lugar, siempre sobrevaloró las condiciones de racionalidad necesarias para aplicar políticas de pleno empleo. No solamente se empeñaba en creer que los problemas técnicos estaban resueltos mucho antes de que realmente lo estuvieran; se desentendía, además, de los procesos políticos a través de los cuales se aplicaban sus ideas. Puesto que entendía que los asuntos públicos estaban, y debían estar, en manos de una élite intelectual, lo que de verdad le preocupaba era convencer a esa élite de lo que consideraba ideas acertadas. Porque, una vez convencida, esa élite actuaría adecuadamente. Por tal razón, Keynes se despreocupaba, indebidamente, de las reglas fijas mediante las que, en otros tiempos, se había tratado de frenar la tendencia, claramente perceptible en los gobernantes, a la extravagancia y deshonestidad. Keynes temía que la irracionalidad de las masas condujera al comunismo o al fascismo, pero no que produjera comportamientos irracionales por parte de los gobiernos democráticos. Y probablemente consideraba que una cierta dosis de esta segunda irracionalidad podía aceptarse, si, de esa forma, se bloqueaba el paso de la primera. Y probablemente tenía razón. Pero no supo hacer uso de su gran autoridad para prevenir tales peligros y buscar, fren-

NOTAS

- (*) Traducción de Fernando García-Pérez Valderrama. Revisada por la Redacción de Papeles de Economia Española.
- (1) JOHN MAYNARD KEYNES, The General Theory of Employment, Interest and Money, Collected Writings (en adelante CW), VII, 1936, pág. 381.
- (2) J. M. KEYNES, The Economic Consequences of the Peace, CW, II, 1919, pág. 6.
 - (3) J. M. KEYNES, My Early Beliefs, CW, X, 1938, pág. 436.
 - (4) Ibidem, págs. 436-437.
- (5) En *Economic Journal*, CW, XIV, septiembre 1939, páginas 306-318. En una carta a Roy Harrod de 23 de agosto de 1938, Keynes calificó la obra de TINBERGEN titulada *A Method and its Application to Investment Activity*, de «casi pura palabrería sin sentido».
- N. del T.: Literalmente, almost pure hocus. El término es de dificil traducción por no tener correspondencia exacta. Ya desde antiguo ha venido asociándose a los trabalenguas sin sentido pronunciados como fórmulas mágicas o de conjuro por nigromantes y juglares. En esa vena, por ejemplo, en el libreto de la ópera Hansel und Gretel de Hunperdink, que escenifica el conocido cuento de los hermanos Grimm, de Juanito y Margarita, se recordará que la bruja produce el encantamiento de Hansel con el conjuro: Hocus Pocus, Malus Locus. En el Reino Unido, y sobre todo en Estados Unicos, hocus pocus ha pasado a convertirse en moneda de uso corriente en la conversación para significar palabrería sin sentido para engañar a los incautos.
- (6) J. M. Keynes a Duncan Grant, 14 de enero de 1917, British Library 57931.
- (7) J. M. Keynes a Florence Keynes, 24 de diciembre de 1917. Keynes Papers, King's College, Cambridge, Box 35.
- (8) J. M. Keynes a Vanessa Bell, *Charleston Papers*, King's College, Cambridge, Box 18.
- (9) J. A. SCHUMPETER, American Economic Review, XXXVI, n.º 4, septiembre 1946; reeditado en Ten Great Economist, 1952, pág. 268.

- (10) J. M. KEYNES, «A Short View of Russia», CW, IX, páginas 267-268.
- (11) Para una visión del Circo, vease Sir Austin Robinson, «Keynes and his Cambridge Colleagues», en Don Patinkin y J. Clark Leith (ed.), Keynes, Cambridge and the General Theory, 1977.
- (12) En su obra The Economic Consequences of the Peace, CW, II, pág. 149.
- (13) J. M. KEYNES, «Currency Policy and Unemployment», National and Athenaeum, CW, XIX, 11 agosto 1923, pág. 117.
- (14) J. M. KEYNES, Manchester Guardian Supplement on Population, CW, XVII, 11 agosto 1922, pág. 445; J. M. Keynes a Alonzo D. Taylor, CW, XVII, 27 noviembre 1920, págs. 89-90.
- (15) J. M. KEYNES, National and Athenaeum, CW, XIX, 1 diciembre 1923, págs. 153-154.
- (16) J. M. KEYNES, «Speech to the National Liberal Club», CW, XIX, 13 diciembre 1923, págs. 161-162.
- (17) J. M. KEYNES, Tract on Monetary Reform, CW, IV, pág. 80.
- (18) El trabajo de J. M. KEYNES titulado «Economic Consequences of Mr. Churchill», figura en CW, IX, págs. 207-220.
- (19) El testimonio de Keynes ante el Comité Macmillan figura en sus CW, pág. 20.
- (20) J. M. KEYNES, «Memo to King's College Council», 25 de julio de 1934, *Keynes Papers*, King's College, Box 9.
- (21) Reeditado en J. M. Keynes, CW, XXII, págs. 41-59. Posteriormente, en el folleto titulado How to Pay for the War.
- (22) Borradores sucesivos del plan figuran en CW, XXV; cita pág. 81.
 - (23) Véase CW, XXIV, carta a Beaverbrooks, pág. 330.
 - (24) J. M. Keynes, CW, XXIX, pág. 235.
- (25) Algunos economistas afirman que, en años posteriores, se olvidó de esa reminiscencia del pensamiento clásico, pero el texto que usualmente se cita (su artículo «Relative Movements of Real Wages and Output», publicado en el *Economic Journal* de marzo de 1939) pone de manifiesto que seguía pensando lo mismo.
 - (26) J. M. Keynes, CW, XXII, pág. 155.